

Sr. Diógenes Céspedes
Premio Nacional de Literatura 2007

Palabras de agradecimiento

Señor Secretario de Estado de Cultura, Licenciado José Rafael Lantigua;

Señor D. José Luis Corripio, presidente de la Fundación Corripio, y demás integrantes de la mesa presidencial;

Señores Rectores de las Universidades que forman parte del Jurado seleccionador del Premio Nacional de Literatura;

Damas y Caballeros:

Acepto, con humildad y sin orgullo teórico, el Premio Nacional de Literatura 2007 como un reconocimiento social a mi persona por la obra de una vida y como un galardón simbólico a las generaciones que luego de caída la dictadura de Trujillo lucharon, y luchan aún, por una sociedad ampliamente democrática con justicia y equidad, dotada de una distribución justa de las riquezas producidas por sus habitantes, con una vigencia plena de los derechos humanos, sociales y políticos y con un respeto impecable al medio ambiente.

Esa fue la utopía de mi generación y tengo el palpito de que todavía, en lo recóndito del corazón, para la mayoría absoluta de las dominicanas y dominicanos que han centrado su vida en valores, esta utopía sigue vigente. De ahí la recepción entusiasta de este premio por parte de estas generaciones. En esto radica la significación histórica de este galardón.

Y como los honores no se rechazan, según Martí, esta es una noche de celebración, dedicatoria y agradecimiento a quienes comparten la utopía.

En primer lugar, dedico este premio a mi esposa Ramonina Brea y a mi hijo José Carlos, por el apoyo total que siempre he recibido de ellos.

En segundo lugar, agradezco este reconocimiento a los miembros del Jurado integrado por los Rectores Magníficos de la Universidad Central del Este, la Universidad Católica Madre y Maestra, la Universidad Nacional "Pedro Henríquez Ureña", la Universidad Autónoma de Santo Domingo, la

Universidad Católica de Santo Domingo, el Instituto Tecnológico de Santo Domingo, la Secretaría de Estado de Cultura, la Fundación Corripio.

Con este apoyo, los Rectores Magníficos, la Secretaría de Estado de Cultura y la Fundación Corripio demostraron coherencia, constancia y confianza y cosecharon el fruto de lo que sembraron.

Y, finalmente, las gracias a todas las amigas y todos los amigos de aquí y del extranjero que se comunicaron conmigo para felicitarme por esta distinción.

Una propuesta pro-activa y sinérgica.

Aunque una parte de las bases del Premio Nacional de Literatura fue modificada por el Jurado para que incluyera la Historia, la Oratoria, la Didáctica y el Ensayo, hago la siguiente propuesta sinérgica al Secretario de Estado de Cultura y a la Fundación Corripio.

Mi humilde criterio es que este Premio Nacional de Literatura, considerado por nuestra comunidad cultural como el Nóbel dominicano, es decir, como la más alta distinción que se otorga a las letras en el país permanezca limitado a los llamados géneros tradicionales, como son la Poesía, la Novela, el Cuento, el teatro y el Ensayo.

Propongo, pues, que sean la Secretaría de Estado de Cultura y la Fundación Corripio quienes asuman la creación de otro Nóbel dominicano en el ámbito de las Ciencias Sociales, de modo que incluya las obras de una vida en Historia, Sociología, Economía, Antropología, Etnología, Pedagogía, Filosofía y otras disciplinas que pudiesen formar parte de esta categoría o de las Humanidades, galardón provisto, por supuesto, de sus propias bases, su dotación en metálico y que especifique los Departamentos o Escuelas de las Universidades y las Academias que pudiesen ser miembros legítimos del jurado Seleccionador.

El reto está en la palestra y la sinergia social será de ayuda inestimable para la consecución de este propósito que busca el reconocimiento social de una categoría de creadores de discursos ideológicos nuevos en el ámbito de las Ciencias Sociales y las Humanidades, deslindado así lo que propuso Aristóteles cuando hizo la distinción entre Homero y Empédocles.

¿Qué se ha premiado?

Por primera vez en la cultura-sociedad dominicana, el Jurado de este concurso, gracias a la modificación aludida, premia la teoría y la práctica de la crítica literaria. Se ha premiado un método llamado poética. ¿Cómo definirlo? Con la aplicación rigurosa de sus conceptos, es un método que tiene por objetivo, la determinación del valor de una obra literaria.

Durante casi 25 siglos funcionaron diversos métodos que creyeron determinar el valor de un texto literario a través del contenido, la forma, la vida del autor o a través de los sentimientos y emociones de ese mismo autor y de los personales que los encarnaban.

Para la parte de la forma, se inventó desde la Antigüedad la métrica, la cual funcionó hasta el segundo decenio del siglo XX. Según este esquema, los versos iban desde dos hasta doce sílabas y luego llegaron hasta 24, pero los técnicos concluyeron en que este último verso era igual a dos de 12 y que los acentos rítmicos se debían repartir como si fuera un verso de 12 sílabas.

Lo gracioso de todo esto es que se creyó que el valor de un poema residía en la habilidad para inventar acentuaciones nuevas, puesto que las sílabas eran fijas. Esta técnica se agotó y para ese inicio de siglo XX ya no había nada que no hubiese sido hecho en materia de versificación española. Surgió entonces el verso libre, el cual siguió en secreto con el conteo de sílabas, trasladado en algunos casos a la prosa.

Para la teoría tradicional que dominó en Occidente durante 25 siglos, el ritmo de la escritura era, además de la métrica, el movimiento del mar, el vaivén de la respiración del cuerpo humano, la repetición cíclica o regular del movimiento del cosmos y, sobre todo, en ritmo del poema era idéntico al ritmo de la música o la danza.

Sin embargo, el ritmo de la escritura no es nada de eso, como lo probó Émile Benveniste en su célebre ensayo, "La noción de 'ritmo' en su expresión lingüística", publicado en 1951. De esta fuente partió Henri Meschonnic, junto a los cuatro conceptos fundamentales de Saussure que quedan todavía en pie –a saber, el sistema, lo radicalmente arbitrario del signo, el valor y el funcionamiento- para esculpir, en el siglo XX, su nueva teoría según la cual el ritmo es la disposición, configuración u organización del sentido en la obra.

No obstante, este reino dilatado de la teoría tradicional del ritmo, Aristóteles escribió una pequeña línea al inicio de su libro *La Poética*, a la cual nadie le hizo caso durante esos 25 siglos.

Al diferenciar a Homero de Empédocles, el filósofo distinguía, según Meschonnic “entre un pensamiento poético y los versos (un contenido científico, una forma métrica) que hacía de la poética lo que es todavía hoy, o debe serlo, luego de su larga confusión estructuralizante con la retórica neoclásica: es decir, el estudio de lo desconocido en el lenguaje, de lo que “no tiene nombre hasta ahora” (47 a 49 y 47 b 9) (*Politique du rythme, politique du sujet*. Lagrasse: Verdier, 1995, p. 178).

Y en el inicio mismo de su libro, Aristóteles dijo que “ni los géneros ni los metros constituían eso que no tenía “nombre hasta ahora”. El libro sobre la poética que el filósofo escribía en ese momento era “lo desconocido, lo que no ha sido pensado y que es su objeto, y que de inmediato ella es ella misma. Por donde ella es exactamente teoría y no ciencia”. H. Meschonnic. *Poétique du traduire*. Lagrasse: Verdier, 1999, p. 214). Pero Aristóteles critica el uso que Platón hizo de la noción de ritmo, al identificarlo, en todo, incluida la dicción, con un metro. Si bien el filósofo dirá que “cada ritmo se mide por un movimiento definido”, Meschonnic explica que Aristóteles “limita el ritmo a la prosa, pero con la ambigüedad mantenida de una distinción y de una confusión entre la poesía y el verso”. (Obra citada, p. 91).

Lo que explica el largo reinado de la poética de Aristóteles fue la concepción del signo que acompañó a aquel discurso que la pragmática del poder oficializó hasta la llegada del texto de Benveniste y el libro de Meschonnic titulado *Para la poética*, trabajos que ponen fin a ese reino, si bien clamó el filósofo por el estudio de lo desconocido en el lenguaje.

Para la poética meschonniciana, la métrica es un fantasma, un artificio, una técnica de relojero que no determina el valor literario. Es en el ritmo como idéntico al sentido de la obra, como su organización, como su repartición sonora (consonantismo y vocalismo), como sintaxis, como paragramatismo a través de todo el texto donde se juega el destino de la obra, es decir, su valor. Si no hay cambio o transformación de las ideologías de época en y mediante el ritmo, entendido como está explicado aquí, no hay valor, sino repetición de ideologías muertas.

En nuestro ámbito, la cultura dominicana no fue ajena a este periodo teórico acerca del ritmo iniciado en el trajín griego hace 25 siglos.

Pedro Henríquez Ureña no se contentó con repetir que el ritmo era música, métrica, respiración, movimiento del mar, movimiento del cosmos. Lo asumió en sus investigaciones antes y después de la tesis de Minnesota, la cual descansa en este andamiaje. Pero el discurso de 1926 da un giro.

El gran crítico se da cuenta que el viejo mundo de la teoría tradicional vacila a sus pies, pero no tiene la perspectiva teórica nueva para salir del problema. En el ensayo de 1926 titulado “En busca del verso puro” dijo lo siguiente:” ... la definición [de ritmo] es justa siempre que se encierre dentro del círculo exacto de definición mínima, siempre que se recoja estrechamente dentro de la noción limpia y elemental de ‘ritmo’, apartando de sí cualquier enredo con la idea de acento o de tono o de cantidad, cualquier exigencia de igualdades o siquiera de relaciones matemáticas. (Obras completas, t. VI, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1979, p. 31).

Lo que el eminente crítico deseaba eliminar del ritmo era lo mismo que Baudelaire comenzó por eliminar en los poemas en prosa: la cantidad, o sea la métrica por no ser parte del estudio de lo desconocido en el lenguaje, según Aristóteles.

Pero nuestro Pedro se limitó a la noción estrecha existente, y más abajo, en el artículo que cito, se transó por la repetición, uno de los rasgos con el cual se confunde el ritmo en las poéticas tradicionales.

En géneros y métrica, apareció el escritor intuitivo que suple esa deficiencia. Vino Juan Bosch a acercarse a la noción de ritmo como sentido en su ensayo “Apuntes sobre el arte de escribir cuentos”.

En ese texto de 1958 dice el maestro del género que el valor del cuento radica en que, desde la primera frase hasta la última, debe atrapar al lector, sin soltarlo jamás. La acción y la forma de contarla son el valor, y aunque Bosch, en su intuición, no puede desembarazarse de los efectos del vocabulario de la teoría tradicional, su inteligencia y su práctica de la escritura le colocan como el primero en acercarse a una teoría poética del ritmo entendido como organización del sentido de la obra.

Rey no mata rey.

Ni en ajedrez, ni en política ni en poética, rey no mata rey. Esta frase simbólica significa que los grandes hablan el mismo idioma y piensan de la

misma manera cuando se refieren a las obras de los grandes. Incluso si no conocen personalmente al personaje. José Martí definió la crítica como el ejercicio del criterio, libre de alabanza o reprobación. Meschonnic la definió como sin elogio ni condena ni silencio. Borges dice que las teorías no tienen importancia y que lo importante es lo que se hace con estas.

El sentido de la paradoja aparente del estilista de Buenos Aires es que usted puede conocer una teoría a cabalidad. El hablar de esta o recitarla de memoria no tiene importancia. Lo que sí importa verdaderamente es lo que usted hace con esa teoría al analizar las obras literarias y si ha dado usted en el clavo al determinar su valor literario. Si usted no da en el clavo, empobrece al mismo tiempo con su lectura la teoría y el texto literario.

Mi amiga Julia Álvarez en dos entrevistas el pasado jueves 15 de febrero 2007 (p.36-37) en el semanario Clave y en el periódico Hoy del sábado 17 del mismo mes y año (Sección Vivir, p. 1-C), demostró dos asuntos. El más complejo, pues viene de la poética de Aristóteles, es decir, que tiene unos 25 siglos de existencia, consiste en creer que la obra literaria es un reflejo de la vida del autor, o que él camufla sus emociones y sentimientos en los personajes que crea en la obra.

A la pregunta de quienes la entrevistaron, rechazó de pleno esa ideología literaria y fundó el valor de la obra en el sentido, que en sus obras se oponen a las pretensiones del mercado, a la cultura y literatura frívolas o light. Y sin citar nombres, pero implicándolos, alude a las características de la literatura light. Las editoras y los gerentes o managers de los escritores y escritoras les exigen que sus obras tengan las características de las obras frívolas o light para poder traducirlas y publicarlas en los Estados Unidos, ya que las referidas obras deben adaptarse a las condiciones del mercado y a lo que suponen es el gusto de las lectoras y lectores latinos.

El psiquiatra español Enrique Rojas ha estudiado muy bien en qué consiste el perfil psicológico e histórico del sujeto light en su libro Una vida sin valores. El hombre light. (Booket: Buenos Aires, 3ª edición, 2005). La última parte del título lo dice todo.

El apogeo de esa cultura light, que tiene su tipo de literatura, la frívola, nació con la globalización o neoliberalismo luego de la caída del socialismo en Europa del Este. El autor define esa cultura light con una metáfora muy productiva: es una mesa con cuatro patas (el sistema social)

y la tetralogía del consumismo, el hedonismo, la permisividad y el relativismo constituye las patas (estructuras de ese sistema social) y el tope (el Poder y sus instancias) es el materialismo, o sea, la apología del dinero, las riquezas y el poder como símbolos de los antivalores que gobiernan la vida social a escala planetaria.

Los rasgos que distinguen la teoría y la práctica de la literatura light son los mismos de la tetralogía “enhebrada por el materialismo”, pero a escala simbólica, donde los signos dominan el valor poético y el texto se convierte en ideología sutil que convoca al sujeto lector a reproducir los antivalores que caracterizan a ese sistema social.

En este mundo unipolar donde vivimos, Enrique Rojas define los rasgos de la cultura y literatura light que lo acompañan, de la siguiente manera: A) materialismo: hace que un individuo tenga cierto reconocimiento social por el único hecho de ganar mucho dinero. B) hedonismo: pasarlo bien a costa de lo que sea es el nuevo código de comportamiento, lo que apunta hacia la muerte de los ideales, el vacío de sentido y la búsqueda de una serie de sensaciones cada vez más nuevas y excitantes. C) permisividad: arrasa los mejores propósitos e ideales. D) revolución sin finalidad y sin programa: la ética permisiva sustituye a la moral, lo cual engendra un desconcierto generalizado. E) relativismo: todo es relativo, con lo que se cae en la absolutización de lo relativo; brotan así unas reglas presididas por la subjetividad. Y agrego yo: sociedad donde cada cual impone lo que es verdad y mentira. Y, finalmente, F) consumismo: representa la fórmula posmoderna de la libertad. (Obra citada, p. 14 y 15).

¿No les parece que este es el fantasma que vive hoy la sociedad dominicana con su espiral de violencia causada por la miseria extrema en que vegeta más de un 90 por ciento de la población, mientras menos de un uno por ciento controla todas las riquezas que produce el país? ¿Y no es de este drama que nos quejamos cada día, sin analizar el porqué, sin tener el remedio a mano, sin saber cuándo explotará la bomba de tiempo y cuál mesías nos traerá lo desconocido?

Frente al cuadro deprimente de la cultura light y su modelo de literatura frívola, planteo que la poética es el discurso alternativo de los valores en el siglo XXI y más allá.

Por la sencilla razón de que no existe ninguna virtud en ser Cresos o Midas si la creación de riquezas no se acompaña de un reconocimiento

justo de la distribución equitativa de las riquezas y de lo nuevo en materia de artes y ciencias, tal como ocurrió durante el Renacimiento en el caso de los Médicis, Familia florentina emblemática que fue personificada por Lorenzo el Magnífico.

Si este reconocimiento no ocurre, la vida en sociedad se vuelve vacía y estéril y termina pura y simplemente en la desaparición, tal como sucedió con Lidia y Frigia, donde reinaron Cresos y Midas, pero no así Grecia y Roma, pero sabemos el porqué.

Muchas gracias.

20 de febrero 2007